

tal; y los caminantes que le topaban, como le veían descolorido y trahijado, unos huían dél á par de muerte, cuyo retrato parecia; otros que se le llegaban por el camino, como no pudiese él atener con ellos y andar á su paso, por su gran flaqueza, acereándose la noche, le dejaban solo, y apresuraban su camino, por no trasnochar en el campo. Mas el Señor, que dijo: «No te desampararé ni dejaré», visitó al desamparado y acogió siempre al desechado de todos, Ignacio. Porque una noche, despues de haberle dejado todos solo, yendo de Choza á Padua, en una campaña rasa le apareció Jesucristo nuestro Redentor, y maravillosamente le consoló con su dulce y soberana presencia, y le esforzó para padecer otras cosas más ásperas por su amor. Y de tal manera favoreció su camino, que ni á la entrada ni á la salida de la ciudad de Padua no le dieron las guardas ningun estorbo ni le detuvieron. Y la misma facilidad halló en la entrada de Venecia. Porque, no obstante que las guardas y soldados á todos los demas examinaban y escudriñaban, á solo Ignacio no hubo hombre que le tocara ni impidiese. Lo cual no aconteció así á los que en el camino le habian dejado solo y desamparado; ántes al revés, porque se vieron todos en mucho trabajo para poder entrar en la ciudad de Venecia. En la cual nunca quiso ir á hablar al embajador que en aquella república tenia el emperador don Carlos, rey de España. Porque no buscaba favor humano, ni tenia cuidado del dinero que era necesario para pagar el flete, ántes tenia certísima esperanza que Dios le haria fácil y próspera su navegacion, y que habia de llegar á aquella santa ciudad y consolarse y regalarse en aquellos lugares, consagrados con la vida y muerte de Jesucristo nuestro Señor. Tambien aquí en Venecia tuvo otro contraste y nuevas dificultades, que se le ponian delante para desmayarle y apartarle desta jornada. Porque, como el año ántes, de mil y quinientos y veinte y dos, el gran turco Soliman hubiese puesto cerco sobre la isla de Ródas (que en aquella sazón era de cristianos), despues de habérsela defendido muchos meses los caballeros de la orden de San Juan, y con maravilloso valor y con hazañas notables, á la postre fué entrada y ganada la ciudad é isla, con lastimosa pérdida de toda la cristiandad. Y puso tan gran pavor y espanto este triste acacescimiento en los mismos peregrinos que habian ya llegado á Venecia para pasar á Hierusalén, que dejando su propósito, se tornaban á sus casas por no poner en peligro sus vidas y su libertad. Y por esto muchos aconsejaban á Ignacio que librase este negocio para otro tiempo en que hubiese más sazón. Pero él tenia tan asentado en su corazon que aunque una sola barca pasara aquel año á Hierusalén, nuestro Señor le habia de llevar en ella, que no se debilitó ni se enflaqueció un punto de su segura y cierta y firme esperanza. El tiempo que estuvo en Venecia, como solia en otras partes, mendigaba de puerta en puerta su pobre comida, y las noches dormia en la plaza pública

de San Márcos, que es la más principal de aquella ciudad. Mas uno de aquellos señores del Senado le recogió en su casa con esta ocasion: estaba este caballero una noche durmiendo en su cama á buen reposo, con mucho regalo (*que le suele tener la gente principal de aquella ciudad*) (1), y al mismo tiempo estabase Ignacio pobre y desnudo en el suelo, sin que hubiese quien le albergase ni le dijese: «¿Qué haces ahí?» Estando pues el caballero en su regalo, oyó unas voces como que le despertaban y le decian: «¿Cómo que tú andes delicada y ricamente vestido y estés tan regalado en tu casa, y que mi siervo esté desnudo en los portales de la plaza? ¿Que tú duermas en cama blanda y ricamente aderezada, y que él esté tendido en el duro suelo al sereno?» Levantóse á estas voces el Senador, despavorido y espantado con esta novedad; sálese con gran priesa de su casa sin saber á quien buscaba ni adónde le habia de buscar. Y vase por las calles, y llegado á la plaza de San Márcos, halló echado á Ignacio en la tierra; y entendiendo que era él el que Dios le mandaba buscar, llévale aquella noche á su casa y trátale con mucho regalo y honra. De la cual queriendo huir Ignacio, se fué despues á casa de un español, que se lo rogó. Era duque de Venecia, en aquella sazón, Andrea Gritti, varon muy estimado en aquella república; fué nuestro peregrino á hablarle, y contóle en su romance castellano la suma de su deseo, y suplicóle que le mandase dar embarcacion. Hízolo todo muy cumplidamente el Duque, dando órden que le llevasen de gracia hasta Chipre en la nao capitana en que iba el nuevo gobernador que enviaba la república á aquel reino. Estando pues ya en esta esperanza, aguardando sólo el buen tiempo para hacerse á la vela, hé aquí otro nuevo trabajo y estorbo que nuestro Señor le envió para mayor probacion de su confianza. Habia ya salido del puerto la nave de los peregrinos, y estando para hacer lo mismo la capitana, dale una recia calentura á Ignacio, que le apretó mucho, y tomada una purga, se hizo la capitana á la vela; y diciéndole el médico que si se embarcaba aquel día ponía en manifiesto peligro su vida, el peregrino, que era guiado y regido interiormente por otro divino Médico, ese mismo día, con la purga en el cuerpo, se embarcó. Y proveyó Dios en la mayor necesidad, porque se mareó tanto y vomitó con la agitacion del mar, que comenzó luego á mejorar, y la navegacion poco á poco le fué causa de entera salud. Cometíanse en la nave grandes pecados y maldades, las cuales Ignacio, tocado de Dios é inflamado con el fuego de su celo y espíritu, no pudo sufrir. Y así, comenzó á reprehenderlas con libertad cristiana y grande severidad. Y como los otros pasajeros no le pudiesen reprimir con decirle que le podía venir mal si de aquella manera hablaba, vino la cosa á términos, que tomando su acuerdo los marineros, le quisieron dejar en una isla des-

(1) Borrado.

poblada y desierta, donde habian de llegar. Mas al mismo tiempo del llegar á ella, con un súbito y arrebatado viento fué desviado el navío y apartado de la isla. De manera que no pudieron poner por obra su mal intento. Antes fué causa este viento de llegar más en breve á Chipre, donde alcanzaron la nave de los peregrinos, á la cual se pasó Ignacio, sin meter en ella otra provision que la que habia metido primero en la otra nave de Venecia, que era una firmísima esperanza en su Dios. El cual muchas veces, en todo el tiempo de su navegacion, se le apareció y con increíbles consolaciones y gozos espirituales le regaló y sustentó, y finalmente le llegó al puerto tan deseado de aquella tierra santa.

CAPÍTULO XI.

Cómo visitó los santos lugares de Hierusalén.

Hallo en un papel, escrito de mano de Ignacio, que á los catorce del mes de Julio del año de mil y quinientos y veinte y tres se hizo á la vela y salió de Venecia, y el resto del mes de Julio y todo el mes de Agosto gastó en su navegacion. De manera que el postrer día del mes de Agosto llegó á Jafa. Y á los cuatro de Septiembre, ántes del mediodía, le cumplió nuestro Señor su deseo y llegó á Hierusalén. Que de la particularidad con que el mismo padre escribió todo esto de su mano, se puede aún sacar su devocion, y la cuenta que llevaba en sus pasos y en las jornadas que hacia. No se puede explicar el gozo y alegría que nuestro Señor comunicó á su ánima con sola la vista de aquella santa ciudad, y cómo le regaló con una perpétua y continua consolacion todo el tiempo que estuvo en ella, visitando muy particularmente y regalándose en todos aquellos sagrados lugares en que hay memoria haber estado Cristo nuestro Redentor. Tenia ya determinado de quedarse en Hierusalén, y emplear el resto de su vida en visitar y reverenciar aquellos lugares sagrados, que por haber sido pisados de aquella santísima humanidad de Jesucristo nuestro Señor, parece que echan de sí fragancia y olor de devocion y santidad, y llamas de aquel inestimable amor que nos mostró en lo que en ellos por nosotros padeció y obró. Tenia tambien Ignacio deseo de emplearse, en todo lo que sus fuerzas pudiesen, en ayudar y servir á sus prójimos. Y para hacerlo mejor, fué al guardian de San Francisco y dióle las cartas que le traia en su recomendacion, diciéndole el deseo que tenia de quedarse en Hierusalén (que la otra parte de ayudar á las almas, ni á él ni á otro se la descubria), y que bien sabia que el convento era pobre, y que él no queria serles pesado ni cargoso. Que la limosna y caridad que le pedia, era solamente que tomase cargo de su conciencia para regirla y para oír sus pecados y confesarle; que en lo demas él tenia cargo de proveerse de lo necesario, sin darles pesadumbre. Dióle el padre guardian buenas esperanzas, pero remitióle á la venida del padre ministro Provincial, que estaba en Betleem. El cual venido

desde á poco tiempo, aconsejó á Ignacio que se volviese á Italia, alabando por un cabo su deseo, lleno de celo y devocion, y por otra dándole á entender que por ser indiscreto y poco recatado, por ventura se veria en peligros de perder la vida y su libertad, como otros muchos, que habian sido presos ó muertos por dejarse llevar de semejante espíritu de devocion y fervor inconsiderado. Pero, como Ignacio estuviere ya acostumbrado á no hacer caso de semejantes espantos y peligros, dijo al ministro Provincial que no podia dejar de quedarse si no hubiese de por medio cosa que le obligase en conciencia á no quedar, por entender que el no quedarse sería para mayor servicio de nuestro Señor. Entónces el Provincial le declaró que tenia facultad de la Sede Apostólica para enviar de allí los que le pareciese, y para descomulgar á los que en esto no le obedeciesen; y así, que le rogaba que tuviese por bien de se volver, y que sin escrúpulo ninguno se persuadiese ser esta la voluntad de Dios, pues él como amigo y hermano, y experimentado en las cosas de aquella tierra, se lo aconsejaba, y que lo hiciese así, si no queria que contra su voluntad usase de la facultad que tenia. Y queriendo mostrarle las bulas apostólicas en que se le concedia esta facultad, no lo consintió Ignacio; mas dijo que no habia para qué mostrarlas, pues él creia lo que le decia, sin otra prueba, como era razon. Y siguiendo la voluntad de Dios, que para mayores cosas le llamaba, dijo: «Padre yo os obedeceré, y lo haré así como me lo ordenais.» Mas estando ya con propósito de volverse, le vino un encendido deseo de tornar á visitar el monte Oliveto, donde en una piedra se ven hoy día las señales que dejó impresas de sus divinos piés el Señor al tiempo de su subida á los cielos. Y con este deseo, se hurtó secretamente de los otros peregrinos, y solo, sin guía y sin compañía, y lo que es de mayor peligro, sin llevar consigo turco de guarda, con toda priesa subió al monte, y no teniendo otra cosa que dar porque le dejasen entrar, dió á la guarda un cuchillo de escribanias que llevaba. Y lleno de incomparable regocijo, fué con gran presteza á Bethfage. Mas luego dió la vuelta para el monte Oliveto, para más atentamente mirar á cuál parte caia la señal del pié derecho, y á cuál la del izquierdo, que en la piedra quedaron señalados; y porque otra vez le dejasen entrar dió á la guarda las tijeras que le habian quedado de las escribanias. Como los padres de San Francisco le echaron menos, entendiendo el peligro que corria de su vida, enviaron á buscarle á un cristiano (de los que llaman de la Cintura), plático de la tierra, que servia en el monasterio. Este le halló que ya volvia, lleno de gozo y consuelo, y arremetió á él con un palo en la mano, y con rostro severo y con un semblante enojado y espantoso le asió del brazo, riéndole ásperamente y amenazándole porque se habia metido en tan manifiesto peligro, y tiró de él, como que lo quisiese llevar medio arrastrando; pero Ignacio no resistió, ántes siguió con mucho

amor y voluntad al que le llevaba; porque fué particular el regalo que su ánima en este trance sintió. Ca vió sobre sí á Cristo nuestro Salvador como que caminaba y iba delante dél desde que el otro le trabó del brazo hasta que llegaron á las puertas del convento, y con este favor celestial, pasó Ignacio con más alegría su trabajo.

CAPÍTULO XII.

Cómo volvió á España.

Después que entendió ser la voluntad de Dios que no quedase en Hierusalén, aparejóse para la vuelta, en la cual le acontecieron algunas cosas notables. El tiempo era, como suele en el corazón del invierno, de grandes nieves y heladas, y nuestro peregrino para defenderse del frío y abrigarse no tenía más ropa que unos zaragüelles de lienzo grosero hasta las rodillas, y las piernas desnudas, y los piés calzados, y un juboncillo de lienzo negro acuchillado todo por las espaldas, y una ropilla corta y raída de ruin paño. Llegó á Chipre con los demás peregrinos, donde halló tres navíos aprestados y á punto para Italia. El primero era de turcos. El segundo era una poderosa nao veneciana, tan fuerte y tan bien armada, que parecía poder contrastar y resistir al ímpetu de todos los vientos y á toda la furia del mar. El tercero era un navío pequeño y viejo y casi comido de broma. Rogaron muchos al capitán de la nave veneciana que quisiese recibir en ella á Ignacio por amor de Dios, alabándole de santo y encumbrándosele mucho, y poniéndole delante, con buenas palabras, la obra tan buena que en ello hacía. Mas como él entendió que era pobre y que no tenía dineros para pagarle, dijo que no quería; que pues era tan santo como ellos decían, no tenía necesidad de navío para pasar; que se fuese por su pié sobre las aguas, que no se hundiría. Y así desechado del capitán de la nave mayor, rogaron al de la menor que le admitiese, y hizolo liberalmente. Hiciéronse á la vela, el mismo día y á la misma hora, con próspero viento todas tres naves, y habiendo caminado un rato, viniendo la tarde, les sobrevino una brava y recia tormenta, con la cual la nave turquesca con toda su gente se hundió; la de aquel caballero veneciano dió al traves junto á la misma isla de Chipre y perdióse, salvándose los que iban en ella; pero la navicilla en que iba Ignacio, vieja y carcomida y que parece que se la había de tragar la mar, fué nuestro Señor servido que aunque corrió fortuna, no pereciese; ántes, después de mucho trabajo, vino á tomar puerto en la Pulla, provincia de Italia, en el reino de Nápoles, y de allí llegó en salvamento á Venecia, mediado Enero del año de mil y quinientos y veinte y cuatro; habiendo, desde que partió de Chipre hasta que llegó, estado en la mar los meses de Noviembre y Diciembre y parte de Enero. En Venecia se reparó unos pocos de días, y topándose en ella con un buen hombre que le había ántes recogido en su casa, rogado é importunado dél, se fué á ella. Y queriéndose ya partir para seguir

su camino de España, le dió quince ó diez y seis reales y un pedazo de paño, del cual hizo muchos dobleces para abrigar su estómago, que con el rigor del frío le sentía muy enflaquecido y gastado. Con esta provision se puso en camino para España, y llegado á la ciudad de Ferrara, que está á dos jornadas de Venecia, fuése á hacer oración á una iglesia, y estando en ella puesto con Dios, llegóse á él un pobre (como suelen) á pedirle limosna, y él echó mano y dióle una moneda como un cuarto; llegó otro, y el peregrino dióle otra moneda de más valor, como sería un cuartillo. Avisaron estos pobres á los demás que estaban á la puerta de la iglesia pidiendo limosna, de lo bien que con el peregrino les había sucedido; y ellos, uno en pos de otro, se fueron á él pidiendo por Dios, y él comenzó liberalmente á repartir con ellos de lo que tenía, dándoles primero las monedas menores, y después las mayores, hasta darles todos los reales, de suerte que no le quedó ninguno. Y acabada su oración, saliendo de la iglesia, todos los pobres comenzaron á dar voces de alabanza, diciendo: «¡El santo, el santo!» Y él, que no tenía un pedazo de pan que comer aquel día, fué á buscar de puerta en puerta, como tenía de costumbre. De Ferrara tomó el camino para Génova por Lombardia (la cual ardía toda de cruelísima guerra que entónces había entre los españoles y franceses), y él enderezaba su camino de manera, que había de pasar casi por los mismos ejércitos y reales de los unos y de los otros. A esta causa le aconsejaron que se desviasse de aquel peligro, y echase por otro camino más desembarazado y seguro. Pero él se determinó de seguir su camino derecho, llevando á nuestro Señor por su escudo y su guía. Pasando pues adelante, vino á dar en un pueblo cercado, donde había infantería española, que estaba allí con mucha guarda y recato. Y como algunos soldados y centinelas le vieron en aquel traje y figura, creyendo que fuese espía de los enemigos, echaron mano dél, y leváronle á una casilla cerca de la puerta del pueblo, y allí con palabras blandas y halagüeñas quisieron sacar dél quién era. Después, como no hallaron lo que querían, comenzáronle á escudriñar y á tentar con mucha desenvoltura y poca vergüenza, hasta desnudarle y quitarle los zapatos y ropilla que traía, por ver si hallarian alguna carta ó rastro de lo que sospechaban; pero en fin quedaron burlados, y amenazándole, le dijeron que fuese delante del capitán, que á puros tormentos le harían confesar la verdad; y así desnudo, con solo el jubon y zaragüelles, le llevaron por tres grandes calles delante del capitán, con mucha alegría y regocijo de su ánima. Y como quiera que hasta entónces, porque le tuviesen por rústico y hombre simple y que sabía poco de cortesías, solía tratar groseramente á todos, y no conforme al estilo comun de la gente polida y cortesana, y llamar áun á los señores y principales de vos; viéndose en aquella hora llevar delante del capitán, cayóle un nuevo miedo, que le hizo dudar si sería bien dejar por entónces aquella su costum-

bre, y tratar al capitán más cortésmente que solía á los otros. Y la causa desta duda era, porque por ventura, si así no lo hiciese, daría ocasion al capitán para pensar que no hacía caso dél, y para que, enojado por verse menospreciado, le maltratase é hiciese morir á puros tormentos; pero, conociendo que este pensamiento nacia de flaqueza y temor humano, le rechazó tan constantemente, que determinó, por sola esta causa, de no usar de ningún género de cumplimiento con el capitán, y cumpliólo bien á la letra. Porque preguntando el capitán de dónde era natural, calló como si fuera mudo, y preguntándole más adelante de dónde venía, no respondió palabra. Finalmente, á todas las otras preguntas que le hizo estuvo como una estatua, teniendo siempre los ojos del cuerpo enclavados en el suelo, y los de su ánima en el cielo. A sola esta pregunta: «¿Eres espía?» respondió: «No soy espía.» Y esto por parecerle que si no respondía á esta demanda, por ventura le daría justa causa de enojarse con él y atormentarle. Enojóse el capitán con los soldados ásperamente, riñéndolos y diciéndoles que harto locos eran ellos, pues le habían traído allí un loco; y con tanto, manda que se lo quiten de delante y lo echen de allí. Irritados los soldados con el mal tratamiento de su capitán, quiebran en el pobre peregrino su enojo, y diciéndole mil baldones y ultrajes, cárganle de puñadas y coces. Contaba él después que con la memoria y representación que allí tuvo de la afrenta y escarnio que el Señor recibió de Heródes y de sus soldados, había el mismo Señor regalado su ánima con un admirable y extraordinario consuelo. Mas, pasada esta befa y gritería, no faltó Dios á su soldado; porque no habiendo todo aquel día desayunádose con otro manjar que de afrentas é injurias, y estando bien fatigado y quebrantado su cuerpo, un español, de pura lástima, le llevó consigo y le albergó y reparó, dándole de comer. De allí se partió el día siguiente, y prosiguiendo su camino, fué otra vez preso de ciertos franceses, que siendo centinelas, le vieron pasar desde una torre, y le llevaron al capitán francés; el cual, sabiendo de dónde era, aunque no quién era, le acogió y trató y despidió cortésmente, y le mandó dar de cenar y hacer buen tratamiento. Llegado á Génova, topó con Rodrigo Portundo, vizcaíno, que era entónces general de las galeras de España, y había sido su conocido en la corte de los Reyes Católicos. Este le amparó, y dió orden para que se embarcase en una nave que pasaba á España, adonde aportó, llegando á Barcelona, y con hartos peligros de cosarios y enemigos, viniendo á acabar su navegación en el mismo lugar donde la había comenzado.

CAPÍTULO XIII.

Cómo comenzó á estudiar desde las primeras letras.

Volvió, como dijimos, á España, y la vuelta fué con determinación de estudiar muy de propósito; porque, como se vió apartado de aquellos santos lugares de Hierusalén, donde él pensaba pasar su

vida, y que no le habían salido sus primeros intentos, comenzó á pensar con gran cuidado qué era lo que Dios quería dél, qué cosa sería bien hacer, que fuese más acepta y agradable en los ojos de su divino acatamiento. Y después que lo miró y tanteó todo, al fin se resumió que para poder emplearse mejor y más á provecho de sus prójimos, como él deseaba, era necesario tener caudal de letras, y acompañar (1) la doctrina y el conocimiento de las cosas divinas (que por el estudio y ejercicio de las letras se alcanza) con la unción y favor de espíritu que nuestro Señor le comunicaba, y por esto se determinó de estudiar. Y parecióle que Barcelona le sería á propósito para hacerlo. Y así, llegado á ella, comunicó esta su determinación con dos personas devotas suyas. La primera fué una señora honrada y principal, de la cual ya ántes había recibido mucha caridad y limosna. La otra fué un maestro de gramática, llamado Ardebal, hombre de mucha virtud y aplicado á toda devoción; y aprobaron ambos su determinación. Y la señora le ofreció de sustentarle en el estudio los años que estuviese allí, y el maestro de enseñarle con diligencia. Desta manera pues, el año de mil y quinientos y veinte y cuatro, siendo ya de edad de treinta y tres años, comenzó á aprender los primeros principios de gramática y aquellas menudencias de declinar y conjugar, que aunque no eran para sus años, las llevó bien el espíritu y fervor tan encendido con que deseaba vencerse y agradar á Dios. No le espantaba el trabajo desabrído de aquellas prolijidades y espinosas niñerías, ni la muchedumbre y variedad de tantas reglas y preceptos, ni el tomar de coro y repetir y dar la lición, ni los otros ejercicios pueriles le daban tanta pena como las muchas y grandes consolaciones é ilustraciones que le venían cuando con más atención se ponía á estudiar. Apénas tomaba el arte de gramática en la mano para decorar las declinaciones de los nombres y conjugaciones de los verbos, cuando embestían con él inteligencias de cosas altísimas, y le atropellaban y turbaban la memoria. De suerte que en lo que estudiaba no podía coger cosa de nuevo, y todo lo que ántes había cogido y allegado se le desaparecía y derramaba con la fuerza de la imaginación. Y aunque con todas sus fuerzas é industria trabajaba por cerrar la puerta á estos sentimientos cuando venían, y por despedirlos y echarlos de sí cuando habían entrado, no era señor de sí, ni lo podía hacer, ni estaba más en su mano, por mucha fuerza que se hiciese y por mucho que fuese el daño que para sus estudios viesse que recibía desta sutil y engañosa tentación. Hasta que un día, asombrado desta novedad tan grande, comenzó á examinarla, y á pensar y á decir entre sí: «¡Válame Dios! ¿qué es esto? Cuando rezo, cuando me confieso y comulgo, cuando me disciplino, cuando velo, cuando con ayunos y otras penitencias corporales aflijo mi carne y

(1) Juntar. (Riv.)